

Siria y las fronteras de lo moral

El pasado mes de septiembre, las fuerzas aéreas rusas comenzaban a realizar operaciones aéreas en territorio sirio. Una nueva medida de apoyo de Vladimir Putin al tambaleante régimen de Bashar al Assad. La preocupación de la comunidad internacional ha sido casi unánime, más si cabe cuando la operación rusa tiene como objetivo prioritario la oposición más *moderada* al régimen y no el terrible Estado Islámico (Daesh). El ataque ruso ha estado acompañado, además, por una lacerante frivolidad de la guerra y los horrores que provoca por parte de los medios de comunicación de ese país, que han jaleado las operaciones aéreas incluso desde el espacio reservado para la previsión meteorológica. En efecto, uno de los mayores riesgos de este conflicto televisado, como de tantos otros, es hacer del dolor y de la destrucción un hecho cotidiano, hasta convertirlo en poco más que una ficción excesivamente real.

Conviene recordar el carácter tangible y cercano de ese dolor, que golpea con desesperación las puertas de nuestro, demasiadas veces egoísta, espacio de seguridad. Anestesiarse el aldabonazo que en nuestras conciencias supone la crisis de refugiados derivada del conflicto en Siria es una tentación de la que debemos huir siempre. También es importante comprender las causas y las claves de lo que sucede en Siria, para rechazar explicaciones demasiado sencillas. El conflicto ya ha provocado más de 250.000 muertes. La cifra de los desplazados supera ya los once millones de personas. No es posible una respuesta simple a los porqués de un drama de esa naturaleza y esa dimensión.

Una explosión inesperada

Paradójicamente, en vísperas del comienzo del levantamiento contra la dictadura del partido Baaz en Siria, la mayoría de los analistas internacionales consideraban que era muy poco probable que la llamada Primavera Árabe se extendiese a ese país. El Gobierno del segundo de los Assad parecía firme y seguro, aunque se habían desvanecido en gran medida las esperanzas sobre la posibilidad de una apertura. El perfil aparentemente moderado de Bashar —un oftalmólogo formado en Londres sin apenas experiencia militar o política en el momento de suceder a su padre en el poder— parecía indicar el comienzo de una etapa nueva en la historia del país. La sofisticación de su muy occidental mujer, Asma, apuntalaba esa esperanza con un nuevo estilo. Ilusiones vanas. La nueva era fue en todo caso la de la crueldad sin sagacidad; tiranía sin el fino e implacable olfato político del patriarca de la saga, pero con una intransigencia igual de desbordante. En ese sentido, la salida definitiva de las tropas sirias de Líbano en 2005 debe interpretarse en todo caso como el fracaso en mantener una política maximalista, pese a los intentos de no ceder en nada frente a las ansias de libertad libanesas. De ahí hasta 2011, Siria se sumió en el marasmo de una política interna con nula voluntad de apertura, y en la búsqueda torpe de vestir al régimen de una patina de aceptabilidad internacional.

Una larga y agresiva sequía, una de las más severas que había sufrido Siria en su historia, llevó en 2011 al país al borde del colapso económico y social. Y es que la mano del cambio climático es cada vez más larga, y su capacidad para servir de catalizador de procesos políticos es ya un hecho incontestable. En efecto, las penalidades de un campo estéril forzaron a más de un millón de sirios a refugiarse en las ciudades. Solo faltaba la chispa que llevase a una población desesperada a sustituir el llanto por la cólera. En marzo de ese año, en Daara, las fuerzas gubernamentales disparaban indiscriminadamente a un grupo de manifestantes. Protestaban contra la detención y tortura de jóvenes opositores al régimen. Aquello fue el catalizador de un creciente número de actos de contestación y denuncia que se reprodujeron con velocidad inusitada en todo el país. El régimen recurrió al uso

indiscriminado de la fuerza, alimentando con ello una espiral de odio y rencor que se hizo imparable. Solo dos meses más tarde, los focos de rebeldía se convertían en insurrección armada, y comenzaba a hablarse de una oposición organizada al régimen, dispuesta a combatirlo a sangre y fuego.

Rusia y los límites de la acción internacional

La comunidad internacional reaccionó con dureza ante la crisis. Una dureza dirigida hacia un régimen insoportable que constituía uno de los puntos focales de inquietud para la política exterior de los Estados Unidos. Se pensó que la lógica en Siria debía seguir, si cabe con más intensidad, la que había presidido la gestión de otros conflictos generados al albur de la primavera árabe. La violencia indiscriminada mostrada por las fuerzas leales a Damasco dejaba —realmente— poco margen de maniobra, aunque poco o nada se sabía de las intenciones o características de unas fuerzas opositoras que se definían más por un carácter adversativo, que por un programa concreto de reformas. Los opositores se aglutinaban, en efecto, en una marea de siglas de difícil comprensión o seguimiento, muchas de ellas finalmente aglutinadas en la precaria *Coalición Nacional Siria*. Sin embargo, las fuerzas opositoras incluyen muchas más realidades, con una relación en el mejor de los casos equívoca con esta organización. Otras simplemente se oponen abiertamente a su mandato.

El guión se parecía demasiado al de Libia. Contestación ciudadana a un régimen corrupto, cruel e ineficaz. Una débil oposición democrática... Y un occidente deseoso de ver caer a un tirano odioso, para dar paso a un nuevo país, moderado y democrático. Pero, en este caso, Rusia no estaba dispuesta a dejarse “engañar”. Esa era precisamente la impresión que Vladimir Putin había tenido tras la caída de Gadafi, su pintoresco “aliado” en el norte de África, en forma de lucrativos acuerdos económicos. El caso sirio era mucho más preocupante para Moscú. Los Assad garantizan a Putin su único puerto abierto en el Mediterráneo, la base de Tartus. El Kremlin lo tenía claro: en este caso no se permitiría una nueva *Resolución 1973* (aquella del Consejo de Seguridad que permitió

una zona de exclusión aérea en Libia y que fue el principio del fin de Gadafi). Y desde 2011 Rusia y China han actuado de común acuerdo en la ONU para limitar la presión de occidente sobre el régimen sirio. Mientras tanto, los expertos militares rusos han proporcionado ayuda y entrenamiento a las fuerzas leales a Assad, así como constante abastecimiento de material militar.

Es el mismo papel que ha desempeñado Irán. El régimen de los Ayatolás ve con preocupación la caída de su único aliado en el mundo árabe. Uno que, pese a su laicismo aparente, ha sido siempre fiel y sumiso a los mandatos de Teherán. Al mismo tiempo que Irán suplió a Damasco con toda la ayuda posible para enfrentarse a los rebeldes, se negociaba el acuerdo nuclear con las potencias, finalmente formalizado en julio de 2015 entre Irán y el grupo P5 + 1 (los miembros permanentes del Consejo de Seguridad y Alemania). Rusia y sus buenas relaciones con Teherán han sido sin duda importantes en ese acuerdo. En este contexto, la diplomacia estadounidense ha tenido que navegar entre dos objetivos estratégicos: el acuerdo nuclear, que constituye una parte esencial del legado de Barack Obama, y el apoyo a los rebeldes sirios. El primero reviste una importancia más trascendental para Washington, sobre todo cuando los Estados Unidos no estaban dispuestos —realmente— a comprometer en ningún caso fuerzas terrestres para apoyar a la oposición siria. El fiasco iraquí es demasiado reciente como para favorecer nuevas aventuras contingentes en la zona.

El auge del Daesh

Así las cosas, a la altura de 2013 las fuerzas enfrentadas habían llegado a una situación de suma cero, que creaba la ocasión perfecta para que nuevas formas de radicalismo se hiciesen definitivamente presentes en el conflicto. En cierto sentido, con ello, Al-Queda (representada en el conflicto por el llamado Frente Al-Nusra) dejaba paso como cabeza del integrismo islámico global a una nueva realidad: el Daesh. Su éxito y propagación ha supuesto uno de los desarrollos más siniestros del conflicto. Frente a los seguidores de Osama Bin Laden, el Daesh se presenta no como

un grupo terrorista que se sirve de la ocultación y el secretismo, sino que adopta para sí todos los elementos necesarios para constituirse en estado soberano. Uno que, bajo el mando de un Califa supremo, reclama abiertamente soberanía sobre todo el Islam, recluta con descaro seguidores en Europa, y publicita sus atrocidades en las redes sociales.

Todo ello quedó apuntalado por un éxito militar muy superior al de otros actores en la zona, lo que en agosto de 2014 convertía ya este *califato* terrorista, sobre el terreno, en una fuerza temible, que penetraba profundamente en Siria, y amenazaba la ya frágil estabilidad del gobierno iraquí. Sostener el poder de Bagdad llevó en 2014 a Estados Unidos a emprender ataques aéreos contra las posiciones del Daesh. Se ha limitado así su poder ofensivo, pero sin reducir sustancialmente su capacidad para controlar un territorio aún formidable, y realizar operaciones menores. No olvidemos que el Daesh ingresa más de 50 millones de dólares al mes por la venta de petróleo a contrabandistas. Sobre esos recursos —precarios pero considerables— no cesará en su pretensión de consagrarse como un actor perpetuo en la zona. La extensión mundial de su red de lealtades marca su voluntad de hacer que este nuevo terror sea global. Ya se ha hecho sentir en Ankara, Bangladesh, Libia... Y las publicitadas aberraciones que diariamente comete contra la población de los territorios bajo su yugo superan todos los horrores que hasta ahora había producido el integrista islámico. Una tierra diversa que muchas veces en la historia ha sido ejemplo de concordia y tolerancia y que ahora se desliza en el abismo de la más perversa tiranía.

La ambigüedad como lema: Turquía e Israel

La intervención aérea de Rusia en Siria ha enfurecido a otro actor relevante en la zona: Turquía. El régimen de Erdogan hasta ahora ha fundamentado su actitud ante el conflicto en un cinismo de precisión matemática. Ha sido la oportunidad perfecta para ajustar cuentas con la minoría kurda, y eliminar la posibilidad de que, en el caos, esta pueda establecer una autoridad pseudo-independiente en el norte de Siria. Mientras, incluso se especulaba con una

intervención militar directa del ejército turco contra Damasco, tras innumerables roces entre las fuerzas leales a Assad y el ejército turco. Aquello contrastaba con la pasividad de Estambul frente al Daesh, que solo ha comenzado este verano a ser objeto preferente de acciones aéreas turcas, que en ningún caso han olvidado sus habituales misiones de castigo contra las fuerzas kurdas, atrapadas entre el integrismo del Daesh y el secular odio turco. Ahora, la llegada de los rusos, en forma de incursiones aéreas, ha supuesto un nuevo frente de fricción, esta vez con Moscú, que no ha dudado en violar el espacio aéreo turco para llevar a cabo sus operaciones en la zona. La relación entre ambos países ha llegado a uno de sus puntos más bajos de los últimos años, que solo con suerte las conversaciones sobre Siria iniciadas a finales de octubre en Viena podrán comenzar a sanar. Y es que probablemente Putin ve con agrado incordiar a Turquía, y encrespar así los ánimos de una OTAN que tiene en Erdogan su socio más iconoclasta.

Como contraste, la intervención rusa en Siria marca un punto álgido en las relaciones de Moscú con Tel Aviv. La actitud del gobierno israelí en el conflicto ha sido de un perfil inusitadamente bajo, que se comprende sólo cuando se analizan los intereses estratégicos del gobierno de Netanyahu. Gracias al conflicto sirio, las milicias de Hezbollah han visto reducidos los suministros que reciben de Irán, y sus esfuerzos se dirigen más a apuntalar a Assad y a las fuerzas que son leales, que a hostigar a Israel o crear tensiones en Líbano. Los intereses en definitiva de rusos e israelíes coinciden, ya que ambas partes buscan perpetuar un *statu quo* que les favorece. Por otro lado, tanto Netanyahu como Putin, aunque por razones diversas, no pueden sino sentir la mayor de las antipatías hacia la administración Obama. Un sólido motivo para cimentar una nueva relación especial entre ambos, con Siria como punto de unión.

Ante la crisis humanitaria

A finales de octubre, mientras tenían lugar las negociaciones sobre Siria en Viena —entre Turquía, Rusia, Estados Unidos, Arabia Saudí e Irán, feliz por verse partícipe plena de lo más granado

de la responsabilidad internacional—, la administración Obama anunciaba el envío de fuerzas especiales a Siria, para apoyar la lucha en el terreno contra el Daesh. La creciente implicación estadounidense en el conflicto es una prueba palpable de las limitaciones estructurales que esta ha tenido hasta ahora. Frente a ello, Rusia actúa desde una base conceptual más sólida, basada en la fría defensa de sus intereses estratégicos, entre los que no podemos olvidar la movilización de una población que parece dispuesta a aplaudir las aventuras imperiales de su presidente y olvidar las penurias de una crisis económica cada vez más profunda. La intervención aérea en Siria no es sino un proceso más, quizás incluso uno esperable, en un conflicto sin solución a la vista y que cristaliza todos los defectos, cinismos y limitaciones del actual sistema internacional. Y es que mientras el teatro de la *gran política* se desarrolla con lógica implacable y apenas visos de moral, millones de personas huyen de un horror para ellos sin nombre ni causa. La política menor —la de aquellos que regatean con la vida o los derechos de los desheredados del conflicto sirio, que especulan con vallas y acero, y esgrimen la identidad étnico-cultural del continente europeo para poner puertas a la caridad— no merece mejor consideración a nuestros ojos. ■

Cerrado y enviado a imprenta este número de *Razón y Fe*, han tenido lugar los atroces atentados terroristas del Daesh en París, la noche del viernes 13 de noviembre. Nuestra condena e indignación están fuera de toda duda. También nuestra sentida solidaridad con las víctimas, así como nuestra oración por ellas y sus familias. Es cierto que nos embarga una honda preocupación. Hacemos nuestras las palabras del papa Francisco en el rezo del Angelus del domingo 15 de noviembre, para “volver a afirmar con vigor que el camino de la violencia y del odio no resuelve los problemas de la humanidad. Y que utilizar el nombre de Dios para justificar este camino es una blasfemia”. Desde la serenidad posible, desde el análisis riguroso y desde el ánimo propositivo, nos comprometemos a ofrecer un comentario editorial para el próximo número de nuestra revista, en el mes de enero de 2016, que pueda aportar algo de orientación en medio de la barbarie.

SALTERRAE

Santiago Madrigal, SJ

«No apaguéis el Espíritu»

Dos evocaciones del Concilio


SALTERRAE

*Presencia
Teológica*

SANTIAGO MADRIGAL, SJ

«No apaguéis el Espíritu»

Dos evocaciones del Concilio

224 págs.

P.V.P. 14,50 €

Cuando han transcurrido cincuenta años de la celebración del Concilio Vaticano II, el Papa Francisco nos ha indicado que el mensaje evangélico de la misericordia anida en las notas características que le quisieron imprimir san Juan XXIII y Pablo VI: un magisterio pastoral y una espiritualidad samaritana. El Espíritu del Señor ha hablado a su Iglesia en el Concilio. Es preciso conocer sus indicaciones, sus líneas directrices, el significado del *aggiornamento*, las verdades que ha expresado doctrinalmente, en fidelidad a la máxima paulina: «*¡No apaguéis el Espíritu!*».


LOYOLA
GRUPO DE
COMUNICACIÓN

Apartado de Correos, 77 - 39080 Santander (ESPAÑA)
pedidos@grupocomunicacionloyola.com
